

Gracias, profesor

Norvey Echeverry Orozco



Taller de Fredy Serna. Fotografía de David Ramiro Herrera Castrillón

Buenas noches, John Dayron. Soy Norvey Echeverry Orozco, uno de sus estudiantes de colegio, el número dieciocho en la lista de asistencia, nota de 4.3 en su asignatura. Llevo un buen tiempo detrás de usted. He conseguido su correo electrónico gracias a Jorge, el rector. En Facebook encontré un perfil con su nombre. En la foto de perfil aparece un hombre ya canoso al lado de una motocicleta. ¿Es usted? Vaya que ha cambiado en los últimos años. Quizá no me recuerde, pues la última vez que nos vimos fue en el 2013, cuando en una de sus clases nos puso a ver *Los colores de la montaña*, película que me conmovió.

Lo oí leer desde sexto hasta décimo grado. Recuerdo con mucho aprecio sus lecturas en clase, porque eran mis preferidas. Lo veo

llegando al salón con una botella de agua y un libro debajo del brazo. Lástima que solo fuera una hora cada ocho días; una hora que más parecía diez minutos. A veces leía desde el escritorio, pero muchas otras nos dejaba leer por nuestra cuenta. Saquen el libro que trajeron, nos decía. Yo cargaba en la maleta un diccionario o un manual de instrucciones de cómo poner a funcionar un electrodoméstico. Discúlpeme por eso, profesor, no había muchos libros en casa. También debo confesarle que, por lo menos en las primeras clases, no prestaba mucha atención. Usted nunca llegó a recriminarme que yo leyera un diccionario de inglés en vez de *La vorágine* o *Cien años de soledad*. Se ponía al lado del tablero, luego de pasar pupitre por pupitre para saber qué libros leíamos, y nos aconsejaba: “Vayan a las bibliotecas públicas, hay

muchas, en ellas encontrarán buenos libros. Si un libro no les gusta o no lo entienden, déjenlo y busquen otro. No pretendo obligarlos a leer, insistía, quiero que se enamoren de la lectura tanto como yo". A veces nos contaba sus primeros acercamientos con los libros, y lo hacía como si se tratara de novelas que todavía no habían sido escritas.

Empezaba:

Tuve la suerte de que al pueblecito aquel al que no llegaban los autos ni los televisores sí llegaran las avionetas con los periódicos. Había un hombre que era muy amigo de mi padre, de familia adinerada, un gran lector de Julio Verne, Emilio Salgari, Robert Louis Stevenson... Una vez, trajo una biblioteca bien dotada con libros de aventuras y la donó a la casa cural. Yo, que era muy amigo del sacerdote, porque era monaguillo y participaba en todas las actividades de la iglesia, me gané el derecho de ingresar a cualquier hora a la biblioteca. Luego, esa biblioteca fue donada al colegio. Cuando llegué al bachillerato, me gané el honor de ser bibliotecario. Era el único lector que había en el colegio. No recuerdo a nadie más. Era un espacio que solo se abría para mí. En esa biblioteca leí muchos libros de grandes aventuras. Estaban las colecciones de Oveja Negra, editorial desaparecida en la que García Márquez tuvo acciones. Había una colección verde y otra roja llamada *Bestsellers*. Fueron los libros de mi infancia y adolescencia. Ahí conocí a Stevenson con *La isla del tesoro* y a Jack London con *La llamada de la selva*. Era un niño cuando leí *A sangre fría*, de Truman Capote. Tenía un hermano, el mayor, que también era un gran lector. Él tuvo mucha influencia sobre mí. Leía libros y me los prestaba. En ese tiempo leíamos muchos *cómics*. Como mi hermano fue el primero de la familia que salió del Chocó para estudiar su bachillerato, cada que regresaba me llevaba *cómics* de Kalimán. *El hombre increíble*; *Águila solitaria* y *Arandú*. *El príncipe de la selva*. Por

él quise leer *Cien años de soledad*, porque yo lo veía riéndose mucho con esa historia. Le preguntaba de qué se reía tanto y me decía que era un buen libro. Él y yo dormíamos en una cama juntos y de noche nos poníamos a hablar de *Cien años de soledad*. Desvelados, como con la peste del insomnio.

Algunos estudiantes levantaban sus manos para preguntar si hasta ahí llegaba la historia. Usted negaba con la cabeza, sorbía un poco de agua, continuaba. Nos contaba de los regaños que se ganaba por quedarse leyendo en la biblioteca de la casa cural y de sus aventuras con el libro de Jack London. "Bueno, decía al final, ya les he contado mucho de mi vida por hoy, es hora de leer". No lo recuerdo enojado, a pesar de que usted lidiaba con más de cuarenta muchachitos. Su voz era ronca, algo lenta. Usted, John Dayron, no se daba cuenta, pero yo me dedicaba a observarlo en clase. Quería saber por qué se sonreía. Lo hacía repentinamente, para luego quedarse muy serio. Desde mi puesto trataba de descifrar el título que sostenía en las manos. Comencé a anotar los nombres de cada libro que llevaba a clase en las últimas páginas de mis cuadernos. Hice una lista de diez y se la entregué a una bibliotecaria. Todos los llevé a casa. Por más que intentaba, no lograba reírme con ellos como lo hacía usted. No comprendía nada. Me decía: "Una de dos, o ese hombre está loco, o yo soy muy bruto". Seguí insistiendo con las lecturas, sobre todo en las vacaciones de mitad de año. Aunque no entendiera, me gustaba imitarlo. Quería ser como usted: un hombre al que se le notaba el amor por lo que hacía. Más de una vez me metí en clases que no me tocaban para escuchar su voz. Comprendí que usted podía pasar días enteros hablando de libros.



Taller de Fredy Serna. Fotografía de David Ramiro Herrera Castrillón

Guardo muchos recuerdos de sus clases, pero hay uno en especial que me hace escribir esta carta. Alguna vez usted llevó al salón *No nacimos pa' semilla*, ese libro pequeño escrito por el periodista Alonso Salazar. Ahora estudio en la universidad donde estudió Alonso, y me han dictado clases profesores que ayudaron en la construcción de esas historias que tanto me estrujaron en la adolescencia. Vengo entonces a agradecerle su generosidad. Sin sus clases, yo me hubiera perdido de los libros. Lo ha logrado en mí, John Dayron, no solamente en la lectura, también en la escritura: me falta un año para graduarme como periodista; cuando ese momento llegue, me dedicaré por completo a los cuentos, a las crónicas y quizá a las novelas. Bien que lo recuerdo, usted nos aconsejaba leer. Nada más que leer. Gracias a su ejemplo de lector, pero también a los apasionados relatos sobre su infancia en el corregimiento de Gilgal,

Unguía, Chocó, ahora tengo una vocación. ¿Cómo no agradecerélo? Las historias me han salvado de vivir una sola vida. Cuando tenga la oportunidad — quizá a los treinta, cuarenta o cincuenta años —, le reconoceré públicamente lo que ha hecho por mí. Brindo por su salud y sus clases, para que más niños encuentren una vocación, un motivo de alegría en los libros.

Norvey Echeverry Orozco es Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia. Publica textos de opinión, crónicas y cuentos en medios como *El Colombiano*, *El Espectador* y *Vivir en El Poblado*, y en revistas como *La Cola de Rata* y *Cronopio*. Ha publicado con Sílabas Editores los libros *El brillo de las balas* y *Apuntes de madrugada* (beca de publicación de obra inédita escrita por jóvenes entre los 18 y 28 años del Programa Nacional de Estímulos del Ministerio de Cultura de Colombia).